



LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA LENGUA: APUNTES PARA EL DESARROLLO INTEGRAL DE LA CONCIENCIA CULTURAL INDIVIDUAL. LO UNIVERSAL Y LO AUTÓCTONO. FOLCLORE, LITERATURA Y COSMOVISIÓN CULTURAL

Beatriz HOSTER CABO

Universidad de Sevilla

Los más modernos estudios referidos al mundo infantil y el desarrollo de las capacidades del niño, al hablar sobre las posibilidades de éste último para la creación, aprendizaje y asimilación de conceptos, aseguran que son similares a las de un saco al que, cuanto más se le introduzca, más capacidad de contenido alcanza.

Psicólogos cognitivos como Hunt o Bruner; pedagogos como Moore o Cohen; neurobiólogos como Doman o Jacquard se inclinan, en este sentido, por fomentar y desarrollar técnicas que permitan un aprendizaje precoz, fundamentalmente, de las estructuras lingüísticas.

G.J. Doman, Presidente del Instituto para el Logro del Potencial Humano, afirma en su obra *Cómo enseñar a leer a su bebé* que los niños pequeñitos quieren aprender a leer, pueden aprender a leer, están aprendiendo a leer y deberían aprender a leer.

R. Cohen, por su parte, se pregunta: ¿es un niño, antes de los seis años, bastante maduro para aprender a leer?

Su investigación -cuyos resultados están recogidos en el volumen *El aprendizaje precoz de la lectura (1980)*- coincide, en sus conclusiones, con las de otros investigadores: no establecer fronteras a las capacidades del niño sino ofrecerle, por el contrario, un entorno más estimulante.

El I Congreso Internacional de Educación Temprana - Vitoria, 1991- incide en esta línea al establecer que «el objetivo de la Educación Temprana no es conseguir que

los niños aprendan a leer o a contar, o a hablar una lengua extranjera, o a ser virtuoso musical... mucho antes que en los tiempos generalmente admitidos, sino desarrollar por medio de actividades estimuladas, las habilidades que le permitan el despliegue de su personalidad entera»¹.

Sin embargo, la preocupación por la educación temprana, - realmente presente y activa en investigaciones como el aprendizaje precoz de la lectoescritura, la adquisición de la lengua materna o el estudio de bilingüismo-, apenas se ha tenido en cuenta referente a un aspecto de importancia capital: tal potencialidad debería ser aprovechada, también, en relación con la adquisición del lenguaje verbal simbólico, auténtico eje que va a definir, en lo futuro, las coordenadas culturales de cada individuo.

Hay que aprovechar el periodo de “genialidad” infantil para promover en los alumnos una sensibilización hacia toda manifestación cultural que fundamente su “posición universal”. La visión del universo, la capacidad para conocerse y conocer -antesala de la autoafirmación cultural-, pasa, sin duda, por un contacto del niño con aquellas claves profundas de la personalidad de la sociedad en que vive vistas a través de los procesos de metaforización y simbolización.

Adquiere así el niño no sólo un sistema lingüístico, sino una forma peculiar de observar el mundo, un comportamiento, la elección de un determinado uso personalizado de los medios de comunicación a su alcance, la posibilidad constante de recrear y recrearse, su identidad, al cabo, como “individuo universal”.

Personalidad y lenguaje.

La personalidad individual, aquella que es punto de partida y terminal de la conciencia social colectiva, se organiza y establece, sin duda, en relación con el lenguaje: de la personalidad al lenguaje y del lenguaje a la personalidad, un camino constantemente interrelacionado que determina las estructuras del individuo y de la sociedad en la que éste vive.

La personalidad, por una parte, determina formas verbales del individuo: la forma de hablar de cada persona puede ofrecer gran cantidad de información sobre ésta: la intensidad de su voz, su adecuada articulación, las interrelaciones de los mensajes...

Pero también -y lo que es más importante- la personalidad del individuo es determinada por las estructuras lingüísticas que percibe. Gracias sobre todo al contacto con las formas orales, el lenguaje, la esencial y peculiar capacidad comunicativa del ser humano, puede ser enriquecido desde los primeros días de la vida. Colabora así, de forma fundamental, al establecimiento y desarrollo de la personalidad compleja del ser humano:

«Desde los primeros meses de vida -comentan M. Monfort y A. Juárez Sánchez- entra en juego, aparte del tono global y de los sistemas reflejos, una función que podríamos llamar “la función apetitiva”; se sabe que el niño habla porque le apetece tanto o más que porque lo necesita, y eso desde los balbuceos.

¹ Tomo estas notas de las investigaciones desarrolladas por los profesores J.M. Trigo Cutiño y A.M Ruiz Campos, acerca de diversas experiencias sobre lectoescritura en la ciudad de Sevilla y de inminente aparición.

Esta función apetitiva depende de la pulsión relacional del niño, cuya fuerza parece que sea de carácter endógeno y dependa del equipo genético y funcional, pero puede ser también estimulada, apagada o desviada por el ambiente.

Es decir, que podemos distinguir niños con pulsión relacional fuerte y otros con pulsión relacional débil..., pero depende del medio ambiente el que esta energía se desarrolle o se marchite»².

«Si no existen estímulos exteriores o si éstos son insuficientes -comentan estos dos investigadores-, la organización de la actividad cerebral se para o se hace de forma incorrecta, incluso en el caso de que la corteza cerebral esté preparada para funcionar»³.

En este proceso son importantes tanto la cantidad como la calidad de los estímulos recibidos (tanto desde el punto de vista lingüístico como afectivo) y, también, el momento cronológico en que éstos son percibidos.

Se enfrentan, de este modo, distintas circunstancias: aunque el niño dispone de un potencial endógeno mucho más rico de lo que pensábamos no hace mucho, su desarrollo va a depender de los estímulos exteriores y del momento en que éstos lleguen a él, de modo que todas sus posibilidades fructifiquen en consonancia con la madurez que vaya, paulatinamente, adquiriendo.

En este sentido -en lo que a la madurez se refiere-, es importante recordar que la personalidad del niño, en sus primeros meses, está ligada de forma absoluta a dos circunstancias: la imagen y la palabra oral, dos realidades que vive el niño tan profundamente que llega a identificarlas consigo mismo: el niño es la luna que observa por la ventana o el árbol que ve en el colegio, es movido por la palabra igual que es acunado por su madre.

Hay que partir, ineludiblemente, de estas vías de conocimiento, imagen y oralidad, de forma que los estímulos por ellas recibidos sean aprovechados en el mayor grado posible por el niño. Hay que impregnar al alumno, pues, de su lengua viva oral, tonos y matices, ritmos y cadencias, aires y acentos, imágenes y metáforas, símbolos o ideas; y otros aspectos de la comunicación lingüística vendrán, posteriormente, por sí solos.

Primera vía.

Un primer modo de acercamiento a esta pretendida/buscada “identidad universal” lo constituyen las creaciones estéticas populares englobadas bajo el concepto de “folclore”.

Fórmula comunicativa oral por excelencia, la literatura folclórica popular, además de procurar goce estético y lúdico al que participa en ella -juglar u oyente-, ofrece a su receptor toda una cosmovisión del universo. Al hilo de la memoria se conectan niño e historia, infancia y vejez, recuerdo e imagen futura, lo nuevo y lo viejo; el folclore,

² M. Monfort y A. Juárez Sánchez, *El niño que habla*, CEPE, Madrid, 1992, pp. 64-66.

³ M. Monfort y A. Juárez Sánchez, op. cit., p. 66.

universal como la palabra y el ritmo que lo sustenta, transmite mensajes de generación en generación:

«Que para ir a la fuente -dice la copla-
no es menester ir lujosa,
con un refajillo corto,
van las niñas salerosas
¡Que ay, ay, ay, la caná,
que ay, ay, ay, el avión,
que ay, ay, ay, la caná,
que por aquí pasó, vámonos!

O esta otra que pone en escena elementos paisajísticos de nuestra más cercana realidad:

Eres más bonita niña
que la amapola en el campo,
que el romero entre las peñas,
que la nieve en el barranco.
¡Que ay, ay, ay, la caná,
que ay, ay, ay, el avión,
que ay, ay, ay, la caná,
que por aquí pasó, vámonos!

Poesía popular quintaesenciada que queda y se define, al fin, en poetas como Federico García Lorca⁴:

CANTAN los niños
en la noche inquieta;
¡arroyo claro,
fuente serena!...
LOS NIÑOS
Ya nos dejás cantando
en la plazuela,
¡arroyo claro,
fuente serena!...
¿Qué tienes en tus manos
de primavera?...
YO
Una rosa de sangre
y una azucena.

⁴ Tomo estas notas de A.M. Ruiz Campos, "Oralidad, ritmo y poesía: Apuntes de retórica poética en F. García Lorca", en *Cuadernos del mediodía*, Ed. Grupo Investigación "Marcas andaluzas: Discurso y Literatura", Consejería Ed. Junta Andalucía, Univ. Sevilla, Sevilla, 1991, pp. 20-21.

LOS NIÑOS

Mójalas en el agua
de la canción añeja.
¡arroyo claro,
fuente serena!...

...¿Quién te enseñó el camino
de los poetas?

YO

La fuente y el arroyo
de la canción añeja...»⁵.

Poesía personal depurada. Original recreación del poeta que vuelve al origen para reintegrar lo que ya obtuvo. Gracia del que fue formado, libremente, a la luz del fuego, junto al cantaor o al contador de cuentos.

Pero no siempre el folclore ha vuelto tan puro. En ocasiones la literatura popular ha tratado de definir -de forma interesada- la personalidad del oyente. A este respecto podríamos recordar la versión de Medio-pollito de Fernán Caballero, inserto en su novela *La Gaviota*⁶.

La historia de Medio-pollito -directamente tomada del texto de la recopiladora/ autora Fernán Caballero- pone en escena formas verbales peculiares de una determinada mentalidad o pensamiento, situaciones verosímiles, modos claros de entender la sociedad y el puesto que cada uno ocupa en ella. Podemos resumirla así: «Érase vez y vez una hermosa gallina, que vivía muy holgadamente en un cortijo, rodeada de su numerosa familia, entre la cual se distinguía un pollo deforme y estropeado. El tal aborto había nacido de un huevo muy rechiquetetillo. No era más que un pollo a medias. No tenía más que un ojo, un ala y una pata; y con todo eso tenía más humos que su padre, el cual era el gallo más gallardo, más valiente y más galán que había en todos los corrales a la redonda. Créfase el polluelo el Fénix de su casta.

Un día le dijo a su Madre:

-Oiga usted, Madre. El campo me fastidia. Me he propuesto ir a la corte; quiero ver al Rey y a la Reina.

La pobre Madre se echó a temblar al oír aquellas palabras.

-Hijo, exclamó, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu padre no salió jamás de su tierra y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes?

⁵ F. García Lorca, "Balada de la placeta", en *Libro de Poemas* (1919).

⁶ Tomo estos datos de M. Ruiz Lagos, de sus análisis sobre Sociología Literaria de Andalucía que aplica en sus enseñanzas en el Dpto. Didáctica de la Lengua y la literatura y Fil. Integradas de la Univ. de Sevilla. Existe edición no venal de estos comentarios en su metodología de análisis de textos para una Sociología Literaria de Andalucía, Sevilla, 1985.

-Nego, dijo Medio-pollito, en latín, pues la echaba de leído y escrito; mis hermanos y mis primos son unos ignorantes y unos palurdos.

-Pero, hijo mío, repuso la madre, ¿no te has mirado al espejo? ¿No te ves con una pata y con un ojo de menos?

-Ya que me sale Vd. por ese registro, replicó Medio-pollito, diré que debía Vd. caerse muerta de vergüenza al verme en este estado. Vd. tiene la culpa, y nadie más. ¿De qué huevo he salido yo al mundo? ¿A que fue del de un gallo viejo?

-No, hijo mío, dijo la madre; de esos huevos no salen más que basiliscos. Naciste del último huevo que yo puse; y saliste débil e imperfecto, porque aquél era el último de la overa. No ha sido, por cierto, culpa mía.

-Puede ser (dijo Medio-pollito con la cresta encendida como la grana), puede ser que encuentre un cirujano diestro, que me ponga los miembros que me faltan. Con que, no hay remedio; me marchó.

Cuando la pobre Madre vió que no había forma de disuadirle de su intento, le dijo:

-Escucha a lo menos, hijo mío, los consejos prudentes de una buena Madre. Procura no pasar por las iglesias donde está la imagen de San Pedro: el santo no es muy aficionado a los gallos, y mucho menos a su canto. Huye también de ciertos hombres que hay en el mundo, llamados cocineros, los cuales son enemigos mortales nuestros, y nos tuercen el cuello en un santiamén...

Medio-pollito, al fin, sin la bendición de su padre -del que se despidió respetuosamente-, sale de su corral camino de la corte. Pronto se encuentra con un arroyo casi seco que, al verle, solicita su ayuda; pero Medio-pollito no aparta las ramas que estorban el cauce: -¿Acaso tengo yo cara de criado de arroyos pobres y sucios?

La misma respuesta obtienen el viento cansado de aquella tarde de estío y la chispa moribunda: -¿Qué tengo yo que ver con la jura del Rey? Revienta si te da la gana; que maldita la falta que me haces.

Medio-pollito llegó a la capital; pasó por delante de una iglesia, que le dijeron era la de San Pedro; se puso enfrente de la puerta, y allí se desgañó cantando, no más que por hacer rabiar al santo, y tener el gusto de desobedecer a su Madre.

Al acercarse a palacio, donde quiso entrar para ver al rey y a la Reina, los centinelas le gritaron: ¡Atrás! Entonces dio la vuelta, y penetró por una puerta trasera en una pieza muy grande, donde vio entrar y salir mucha gente. Preguntó quiénes eran, y supo que eran los cocineros de S.M. En lugar de huir, como se lo había prevenido su Madre, entró muy erguido de cresta y cola; pero uno de los galopines le echó el guante, y le torció el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora comienzan las desgracias para Medio-pollito. Pide ayuda al agua pero es escaldado; pide auxilio al fuego pero no sólo es dorado, sino vuelto como el carbón y arrojado por la ventana. Tampoco entonces recibirá ayuda del viento: -Viento, gritó

Medio-pollito, mi querido, mi venerado viento, tú, que reinas sobre todo, y a nadie obedeces, poderoso entre los poderosos, ten compasión de mí, déjame tranquilo en ese montón de estiércol.

El viento, rugiendo, lo voltea en el aire como un trompo y lo coloca sobre un campanario donde San Pedro lo clava de firme.

Y allí se queda, inmóvil, Medio-pollito, negro, flaco y desplumado, azotado por la lluvia y empujado por el viento, del que guarda siempre la cola. Ya no se llama Medio-pollito, sino Veleta. Sépanse ustedes -concluye Fernán Caballero- que allí está pagando sus culpas y pecado; su desobediencia, su orgullo y su maldad.

Apoyadas en todo momento en usos lingüísticos muy claros de una determinada zona y tendencia, las conclusiones sociológicas que podemos extraer del cuento son claras: un personaje desea abandonar un microuniverso -supuestamente cómodo- al que enfrenta otro microuniverso donde espera mejorar. El abandono del espacio de origen supone el alejamiento de un ambiente protector y benefactor. También ejemplar. Medio-pollito, por su actitud, se convierte así en un anti-héroe, deforme, ingrato, aborto nacido de un huevo rechiquetillo, insolidario.

Al final, su deseo de abandonar el ámbito del corral es castigado con múltiples penalidades de las que no podrá, definitivamente, escapar.

Mejor, pues, no salir, no tratar de mejorar. Más vale ser ignorante y palurdo que gallo desplumado.

Los ejemplos de este tipo de manipulación -de intención moralizadora en uno u otro sentido- abundan, durante bastante tiempo, en las versiones que se hacen de los cuentos folclóricos.

Afortunadamente hoy parece que no es así. La Literatura Infantil, definida en líneas generales como obra abierta, trata de plantear -como norma fundamental- la libertad interpretativa del receptor, un carácter libre -que ya manifestaba en cierta medida la poesía- y que afecta y se comunica, día a día, al cuento maravilloso y, en general, a la mayor parte de la producción personal de autor.

Este planteamiento -en conexión con un concepto democrático de la literatura- ofrece al lector/oyente la posibilidad de crear un sistema propio de valores -tanto en lo afectivo como en lo propiamente literario- y muestra, al tiempo, la vía que conduce a la propia creación.

El folclore, la literatura oral tradicional, y especialmente el cuento -como acertadamente escribe Ana Pelegrín- ofrece al niño que escucha algo más que palabras: «En el cuento maravilloso, los elementos de la naturaleza, las plantas, los objetos, actúan y ayudan a los protagonistas de los cuentos, les advierten de los peligros, se transforman, acompañan a dañan a los humanos, tienen su reino y sus leyes... Todo esto, para el niño, tiene la lógica de su pensamiento animista, la lógica de su juego simbólico y de sus

auxiliares de juego: muñecos, carretes de hilo, cubos, son soportes para el desarrollo de su pensamiento y sus transferencias»⁷.

El folclore -además de desarrollar y potenciar esta capacidad general para comprender mediante símbolos y metáforas, en sus vertientes de recepción y creación- sitúa al niño en un espacio conocido, lo define, hace que se comprenda y conozca como uno en armonía con su entorno.

Y para terminar -y lo que es más importante-, la oralidad que acompaña a estas manifestaciones hace que, al reconocer las construcciones del idioma, sus formas peculiares y modismos, la infinita variedad de entonaciones, ironías subyacentes, metáforas escondidas, los distintos discursos que diferencian desde un sermón a un anuncio publicitario o una arenga política, al reconocer el ritmo y la rima, las formas propias de la descripción, la narración, el diálogo, el monólogo, queden en la memoria del oyente como fórmulas que caracterizan la lengua como medio esencial de comunicación y expresión, un cauce para proyectarse y reconocerse, al fin, más allá de la propia piel, de la propia imagen.

⁷ Ana M. Pelegrín, *La aventura de oír*, Cincel, Madrid.